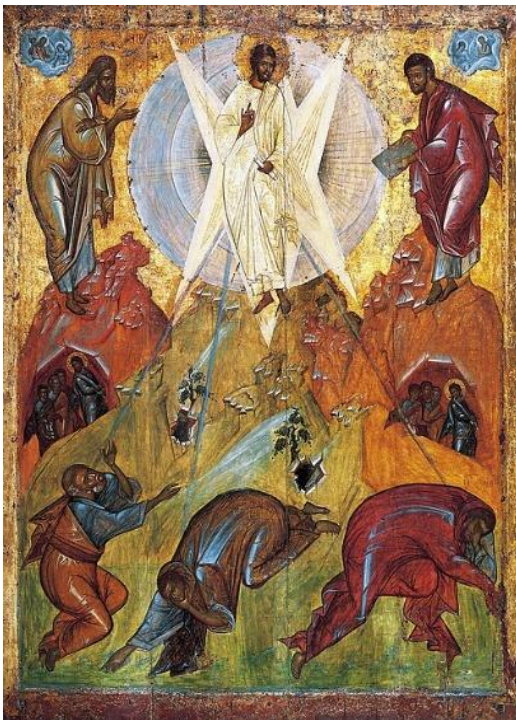


Cuaresma II – La belleza de la santidad

El primer domingo de cuaresma recordamos siempre las tentaciones del Señor, que nos enseñan a reconocer y rechazar el mal, nuestro peor enemigo. El segundo domingo, en cambio, nos presenta el evangelio de la Transfiguración, que nos presenta la meta que estamos llamados a alcanzar. Por esta razón, la primera lectura de hoy se refiere a la vocación de Abraham (Génesis 12). Abraham era un hombre ya mayor (75 años), próspero, aunque sin hijos, con lo que llamaríamos “una vida hecha”. Y, sin embargo, a esa altura de su vida, Dios lo llama: “Vete de tu tierra...a la tierra que yo te mostraré”. ¿Por qué Abraham obedece a este llamado? ¿Porque es una “orden” de Dios, o porque se le abre un futuro lleno de promesas (tierra, descendencia, bendición) que reviven sus viejos anhelos, renuevan su juventud, le devuelven un espíritu de aventura? Y lo mismo podemos preguntarnos con respecto a nuestra propia vocación: ¿Por qué seguimos a Jesús? ¿Sólo porque entendemos que es nuestro “deber”, o porque nos sentimos llamados a una vida que nos atrae, en la que percibimos una misteriosa belleza?



Icono de la Transfiguración de Teófanos el Griego, siglo XV

Esta referencia a la belleza nos introduce en el evangelio de la Transfiguración: “Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña alta. Se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz”. Esta escena, tan central en los evangelios, a nosotros nos cuesta entenderla: nos parece un prodigio inútil, una exhibición que nos incomoda. Y el problema, quizás, es que hemos perdido la clave para acceder a su sentido profundo: la belleza de Dios.

En la Biblia, Dios se manifiesta visiblemente como luz, esplendor, es decir, belleza, que es la irradiación de su bondad, de su amor, de su santidad, su “gloria”. Por eso la Biblia celebra con entusiasmo la belleza de la Creación, pero no por sí sola, sino como reflejo de la

belleza de Dios. Y, por consiguiente, se habla de la belleza de la sabiduría y la voluntad de Dios, de su ley, del templo en el que Dios habita, etc. El creyente no cumple la ley de Dios como un esclavo, sino porque la ama, la admira, la anhela con todo el corazón.



El Greco, *Cristo, el Salvador* (1600)

La Transfiguración es la experiencia que hacen los discípulos de la belleza divina que irradia desde sí misma la humanidad de Jesús. Jesús es, efectivamente, “el más bello de los hombres” (Salmo 45,2), no necesariamente en sentido físico (los evangelios no nos informan al respecto) pero sí en cuanto a su amor al Padre y a los hombres, su santidad, su entrega. Paradójicamente, su cruz, al mismo tiempo que revela el horror del pecado, manifiesta plenamente la belleza del amor de Dios. Y lo mismo podemos decir respecto de los santos que siguieron su ejemplo. Los pintores sagrados no se esfuerzan en idealizarlos físicamente, sino en mostrar la belleza que irradian con su vida, comenzando por la aureola que rodea sus cabezas, pero luego, cada vez más, por su rostro, su expresión, su mirada.

Fresco de San Francisco en Subiaco (1223)

Sin embargo, en la época moderna se fue perdiendo esta importante intuición sobre la belleza de la santidad. Por un lado, la santidad quedó reducida al cumplimiento de un elenco de obligaciones despojadas de cualquier belleza, que ya no apelan al corazón y a los sentimientos, al deseo de felicidad, sino al puro sentido del deber. Con el tiempo, inevitablemente, surgirá la pregunta: ¿por qué debo reconocer y cumplir unos deberes que no me hacen feliz? Por otro lado, la belleza separada de la santidad se convierte en una cualidad puramente formal, esteticista. De ahí que, fatalmente, comenzara a sentirse como una convención, una imposición cultural, un canon que oprime e impide que se exprese la propia originalidad. Surge, entonces, el impulso a desafiar, no ya la belleza convencional sino la idea misma de belleza, en una especie de culto a la fealdad, lo que repugna, horroriza o escandaliza.



La Transfiguración nos invita a “unir lo que el hombre separó”, a redescubrir la belleza del bien y la santidad: abrir nuestros ojos a la belleza de Jesús, la belleza de su cruz, la belleza de los santos (no solo los ya canonizados sino también los que el papa Francisco llamaba “los santos de la puerta de al lado”, *Gaudete et exsultate*, n.6-9); y reconocer la belleza de la vida cristiana, de la humildad, el amor, la misericordia, el perdón. Sólo así podremos responder de corazón al llamado de Dios como hizo Abraham: “desinstalarnos” de nuestras seguridades (lo que hoy llamaríamos “nuestra zona de confort”) para ir en pos de la promesa de Dios y del futuro que abre ante nosotros, que es al mismo tiempo de santidad y de belleza sin comparación. De este modo, la Transfiguración deja de ser un evangelio “extraño”, para pasar a reflejar el anhelo más profundo de nuestro corazón, que expresamos en la oración del comienzo: “Padre, purifica los ojos de ntro cor para q podamos gozar de la visión de tu gloria”.